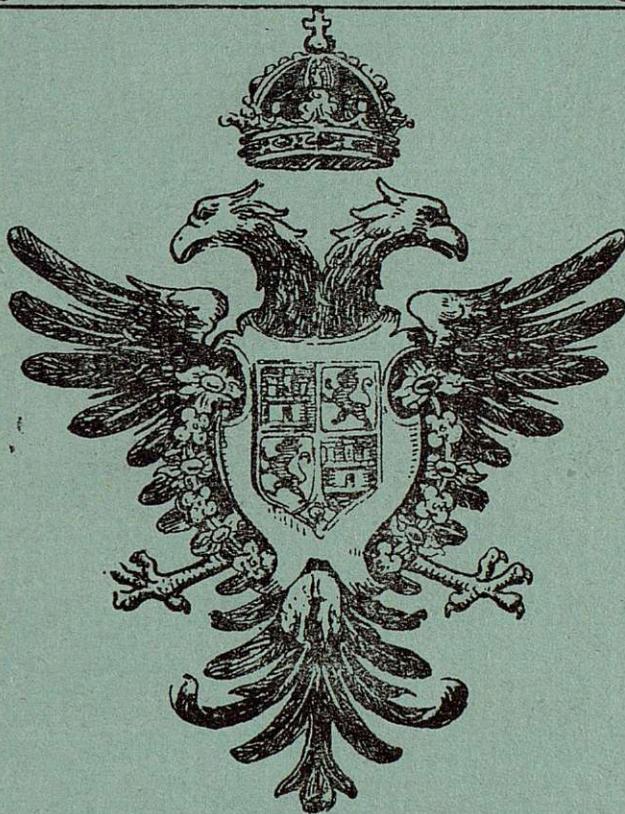


TOLEDO



ARTE

HISORIA

Año X

Núm. 205

REVISTA
DE ARTE

TOLEDO

REVISTA D ARTE

Director-Gerente: Santiago Camarasa.

Año X :: Se publica mensualmente :: Núm. 205.

SUMARIO

- La Patrona de Toledo. :- Una gran solemnidad toledana.**
La Patrona de Toledo (soneto), por D. RÓMULO MURO.
El Rey sabio, primer historiador nacional, por D. TEODORO DE SAN ROMÁN.
Triunfo de un toledano, por D. RÓMULO MURO.
Confidencialmente (poesía), por D. EMILIANO RAMÍREZ ANGEL.
Paisajes toledanos, por D. DARÍO CASTILLO.
Sobre el retrato de Cervantes, por D. N. SENTENACH.
Por el Toledo único :- Labor de la Comisión de Monumentos.
Un nuevo artista en Toledo :- Las obras de Miguel Marañón.
Viaje regio, por D. J. M. CAMPOY.
Del Toledo Romántico :- Los ruidos del patio, por D. SANTIAGO CAMARASA.
San Ildefonso, su vida y sus obras (continuación), por D. JOSÉ IGNACIO VALENTÍ.
En el Museo de Infantería :- Más labor del ceramista Ruiz de Luna.

Fotografías de los Sres. CLAVERÍA, IRUMBERRI, GOITIA y RODRÍGUEZ.
Dibujos de los Sres. OCESE, ARROYO, PASCUAL y PEDRAZA.

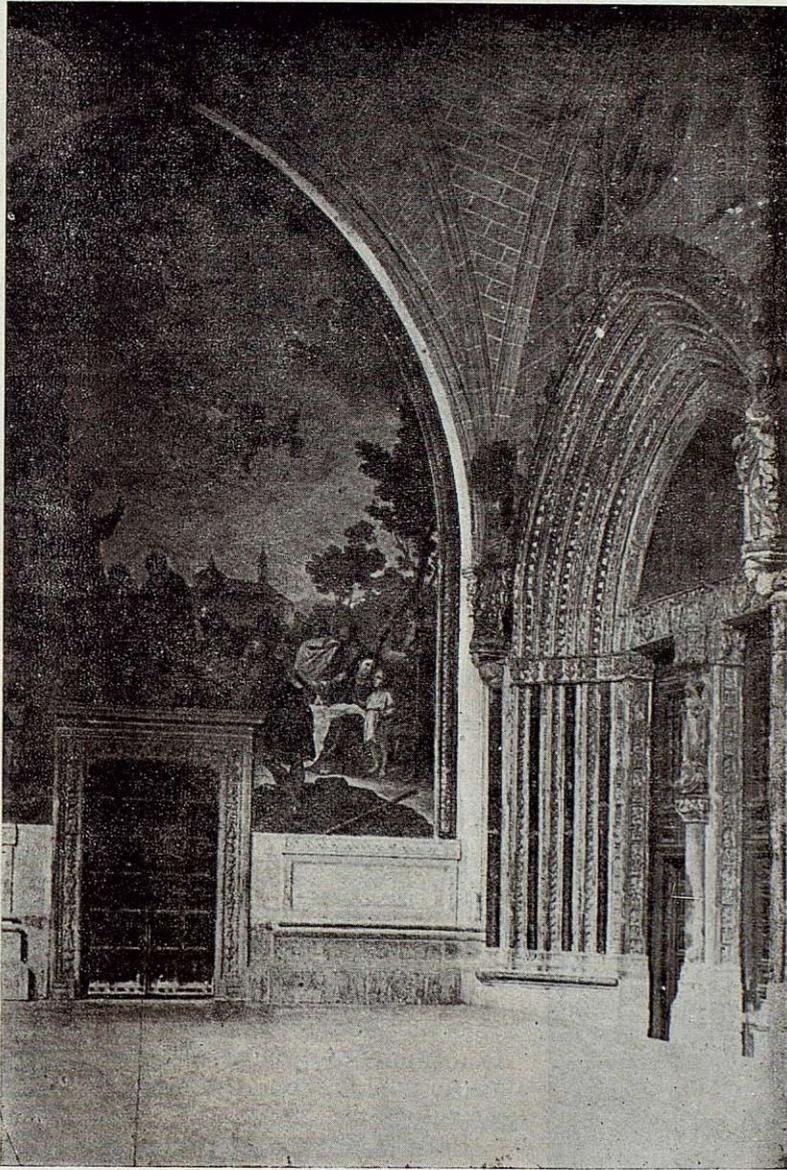
Prohibida la reproducción de texto, dibujos y fotografías.

AÑO
X
—
NÚM.
205

TOLEDO REVISTA D'ARTE

DIRECTOR-GERENTE: SANTIAGO CAMARASA

MES
MRZO
—
AÑO
1924



Del Toledo único: Claustro de la Catedral.

Fotografía M. Clavería.

La Patrona de Toledo

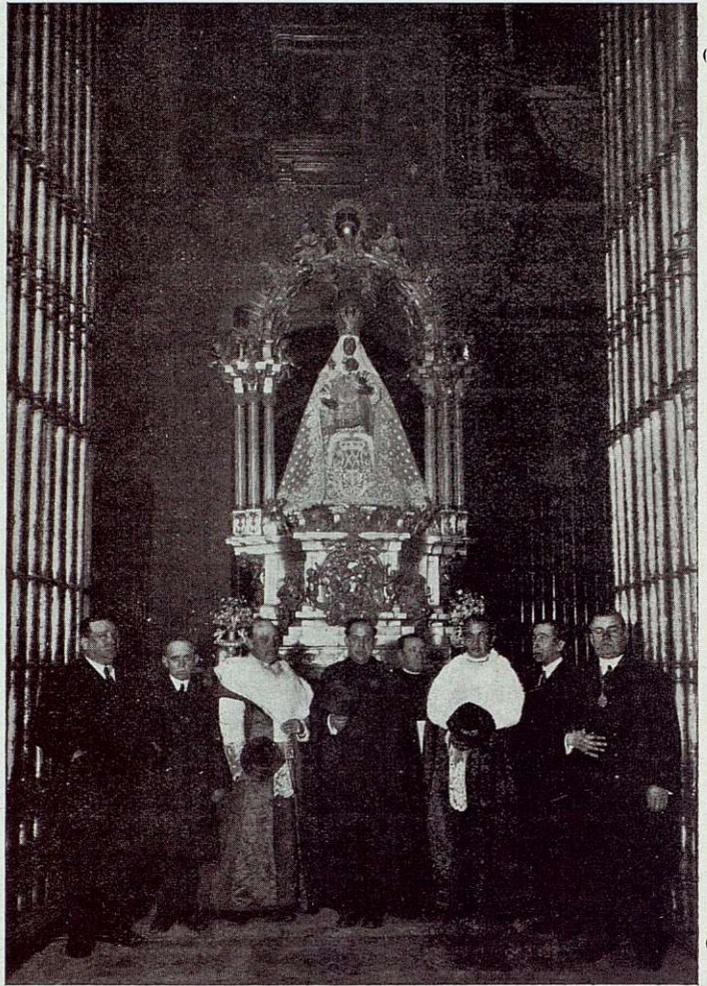
Una gran solemnidad toledana

EN el pasado Enero se inauguró con una solemnidad extraordinaria, la Cofradía de la Virgen del Sagrario, Patrona de nuestra ciudad. No pudimos informar de esto en el pasado número, por estar dedicado todo él al ilustre toledano Padre Juan de Mariana.

La constitución de tal Cofradía era una necesidad sentida en todos los toledanos, los que han respondido con un gran entusiasmo, siendo más de tres mil los Cofrades inscriptos en ella.

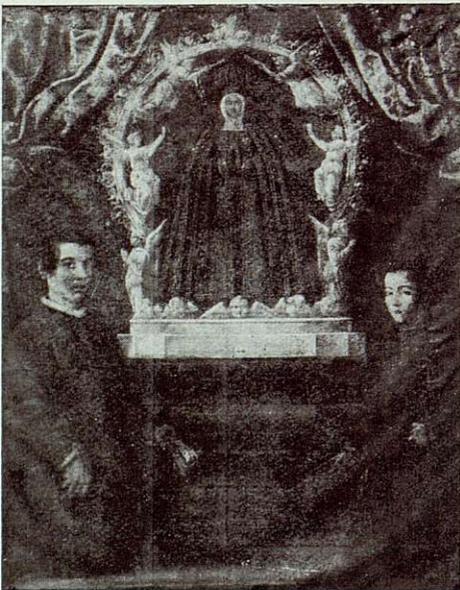
La fiesta de la inauguración fué solemnisima, a la que asistió todo Toledo, viéndose totalmente invadida la Catedral Primada, donde se venera la sagrada imagen.

Esta fué trasladada a la Capilla



La Virgen en su capilla y la Comisión organizadora.

Fot.ª de Rodríguez.



Cuadro antiguo de la Virgen del Sagrario.

Fot.ª de P. Román.

Mayor, y vestida con el riquísimo manto azul que la fué regalado en el año 1865 por suscripción popular, en acción de gracias por haber cesado la epidemia colérica. Servía de dosel del trono, la valiosa colcha del Cardenal Mendoza.

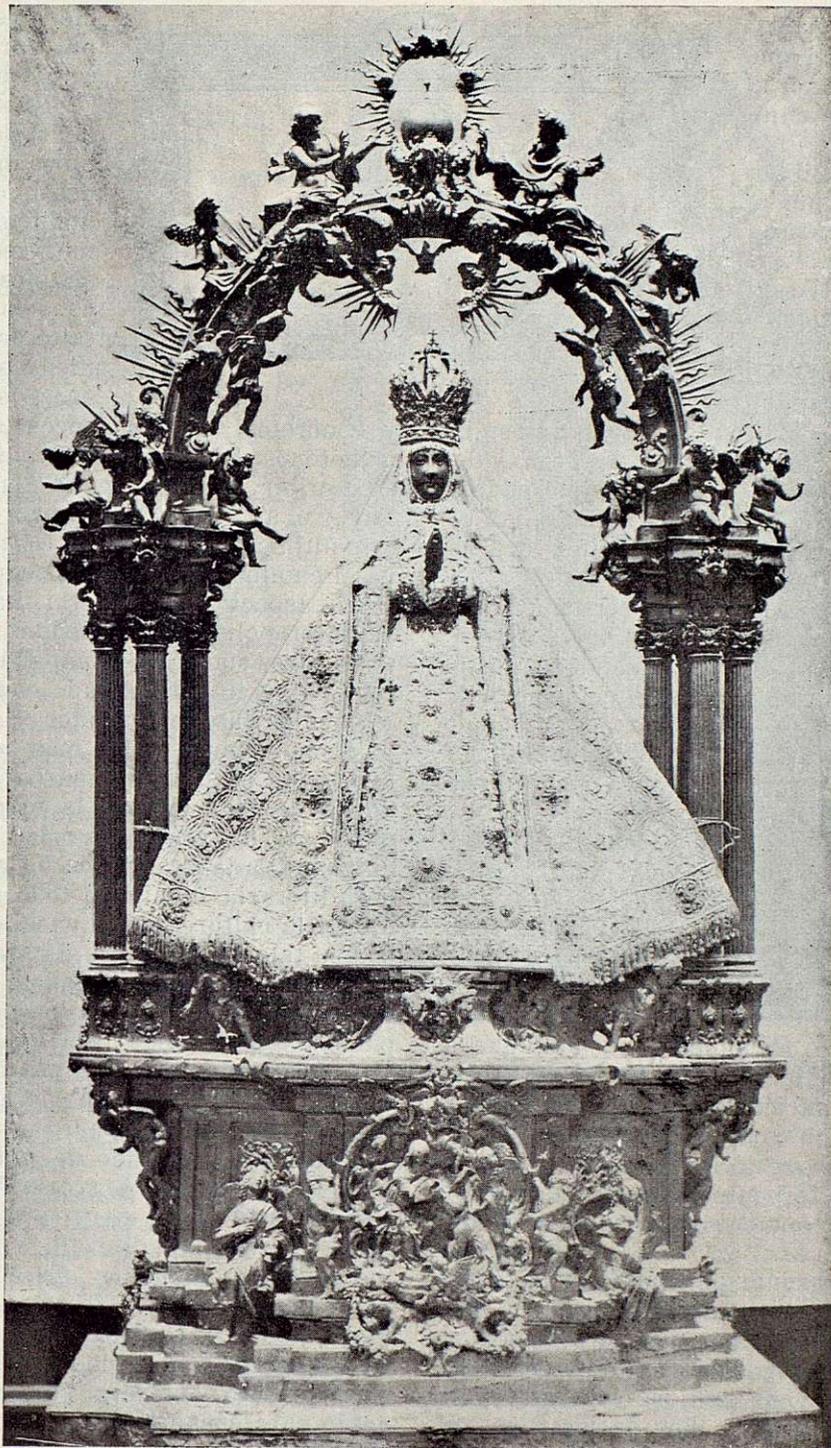
Ofició el Cardenal Primado Dr. Rey, vistiendo el terno de Clavellina, que es uno de los mejores de la Catedral, ayudado por dignidades y Canónigos, pronunciando después elocuente sermón el Deán Dr. Polo Benito.

Por la tarde se celebró la procesión por el ámbito catedralicio, asistiendo todas las autoridades y numerosísimo público. También ha asistido a estos actos el Ayuntamiento de Ajofrín y gran número de vecinos del mismo pueblo, donde existe una gran fe por esta Virgen toledana.

Para la próxima fiesta de Agosto preparase un monumental rosario, por el que existe un grandísimo entusiasmo.

Ha sido una gran fiesta de eminente toledanismo.

Nos congratulamos de ello y felicitamos a la Comisión organizadora y al Cabildo Primado, especialmente al Deán, los que han obtenido el éxito merecido.



La
Patrona
de
Toledo

Al
virtuoso
y sabio
cultivador
de la fe
toledana
D. José Polo
Benito

*Si la pena mi espíritu quebranta
y del alma se aleja la alegría,
uno a la exclamación de «madre mía»
el grito celestial de «Virgen Santa».*

*Y ante el sufrir, mi fortaleza es tanta
que en la esperanza el corazón confía
si los nombres de «madre» y de «María»
se juntan al salir de la garganta.*

*Que la Virgen es todo mi consuelo
y escudo amante en el luchar diario
contra el dolor del miserable suelo:*

*Por eso hago mi pecho relicario
donde reservo con sublime anhelo
el nombre de la Virgen del Sagrario.*

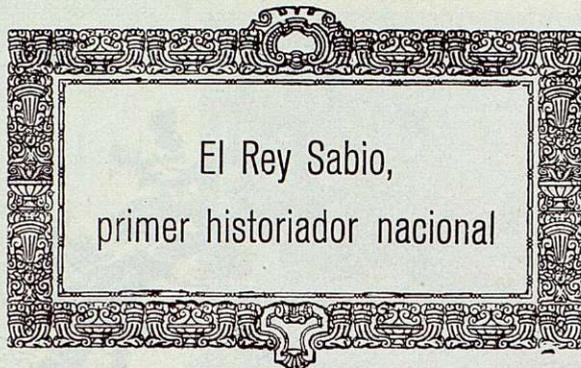
Rómulo Muro.

EN la amplia escalinata que da acceso al suntuoso edificio, donde se hallan instalados la Biblioteca y Museos nacionales, se destaca —entre otras— una hermosa escultura, obra del Sr. Alcobarro, que representa al rey de Castilla Alfonso X. El artista ha

tenido el grande acierto de modelar al insigne monarca con los emblemas del guerrero y del legislador: en una mano empuña la espada y con la otra sostiene el libro de las Siete Partidas. Plácemes merece el notable escultor que ha sabido simbolizar dos grandes cualidades, que precisa no desconocer cuando del reinado del hijo de San Fernando se trata.

Unánime está la crítica histórica, sosteniendo que Alfonso X culmina como legislador; mas disiente, en gran manera, cuando le juzga como hombre de gobierno. No nos proponemos, ahora, vindicar la memoria del nieto de D.^a Berenguela en este respecto. Abundan meritorios estudios que evidencian la actividad de Alfonso X como político; comprendiendo en esta denominación, no ya al jefe de un Estado que se preocupa del régimen administrativo de sus pueblos, sino al monarca que sabe empuñar las armas cuando la integridad de la patria o la honra nacional lo exigen. En aquella época, en que la morisma no cejaba en sus anhelos de proselitismo y dominación en España, los monarcas consideraron como el más imperioso de sus deberes proseguir la obra de la Reconquista; y, en este punto de vista, D. Alfonso supo responder cual las circunstancias demandaban.

En la interesante personalidad de nuestro monarca, como hombre de ciencia, descuella el gran fervor con que se consagra al cultivo de la Historia. En esta empresa llegó a obscurecer—como sostiene el eruditísimo historiador D. José Amador de los Ríos, mi inolvidable maestro—cuantos esfuerzos se habían hecho, antes de su tiempo, relativos a la historia patria. Anhelando promover la ilustración de sus vasallos, no se le ocultaban las grandes enseñanzas que la Historia suministra, a cuyo fin puso a contribución un decidido empeño para dar el mayor impulso a esta rama del humano saber. Pero el gran mérito de su labor estriba principalmente en la dirección que imprimió a los estudios históricos, señalando distinto rumbo a su desarrollo, marcando nueva orientación y reci-



biendo el sello doctrinal característico de una obra científica.

Hasta el promedio del siglo XIII, los trabajos históricos se desenvolvían en un ambiente limitadísimo, reducidos a los simples cronicones, con sobra de aridez y falta de atractivo, ciñéndose a relatos de sucesos individuales

y concretos, las más veces incoherentes y monótonos. Dieron un gran paso en el modo de escribir la Historia, D. Lucas, obispo de Tuy, y el arzobispo D. Rodrigo; especialmente este último, en su *Historia Góthica*, apuntaba ya el camino que había de seguirse para dar nuevo aspecto a la Historia. Las narraciones del metropolitano de Toledo ofrecen gran interés, pues suelen ir acompañadas de crítica racional e imparcialidad, condiciones muy esenciales en el historiador.

Como hemos dicho más arriba, estaba reservado al inclito monarca de Castilla la gloria de transformar la estructura, digámoslo así, del relato histórico, modelándole, en cuanto a la forma, con los atavíos de una obra literaria. Poniendo todo su empeño en labrar la cultura de sus vasallos, vislumbró, con su talento singular, el carácter científico de la Historia, considerándola como maestra de la vida y verdadera enseñanza para los pueblos. Pensamiento tan fecundo lo lleva a la práctica, dotando a su patria de una Historia general, avalorada con el matiz científico, colosal empresa en que nadie le había precedido, y sirviendo de patrón y modelo para la posteridad. ALFONSO X FUE EL PRIMER HISTORIADOR NACIONAL, levantando, para honra de la literatura histórica, esos monumentos llamados *Estoria de Espanna*—vulgarmente conocida con el título de *Crónica general*—y *Grande et General Estoria*.

Concretándonos a la primera obra citada, es asombroso el esfuerzo empleado por el Rey Sabio para ensanchar el cuadro de la Historia patria, tal como lo concibió, valiéndose de cuantos elementos y fuentes históricas le fué dable reunir. En el prólogo de la *Estoria de Espanna* dice: «mandamos ayuntar cuantos libros podimos aver de Estorias, en que alguna cosa contassen de fechos de Espanna, e tomamos de la Chronica del Arzobispo don Rodrigo, que fizo por mandado del rei D. Ferrando nuestro padre; e del Maestre Lucas, Obispo de Tuy, e de Paulo Orosio, e de Lucano, e de Sant Esidro I, e de Sant Elifonso, e de Sant Esidro el mancebo, e de Idacio,

Obispo de Galicia, e de Sulpicio, Obispo de Gascoña; e de los otros escritos de los Concilios de Toledo, e de Jordan Canciller del sacro Palacio, e de Claudio Ptolomeo.....e de Dion.....e de Pompeo Trogo, e de otras Estorias de Roma, las que podimos aver que contassen algunas cosas del fecho de Espanna.....»

Sin desdeñar las narraciones del obispo de Tuy y del arzobispo de Toledo, recogió las tradiciones nacionales conservadas en los cantos de los juglares y en las leyendas escritas. Dando una prueba de su espíritu expansivo y en extremo tolerante hacia los dos pueblos semitas que ocupaban nuestro suelo—tanto más admirable en aquel periodo de antagonismo de razas por la lucha de la reconquista—, aprovechó los relatos de los historiadores árabes y hebreos. Con tan varios y heterogéneos materiales construyó aquel soberbio edificio en el cual se reflejaba fielmente la sociedad española de entonces, ofreciendo un armonioso cuadro en el que la multiplicidad de caracteres, hábitos, ideas, cultura, etc., se subordinan a la unidad de pensamiento que resplandece en toda la obra.

La *Estoria de Espanna* ha merecido los más entusiastas elogios de los escritores, tanto nacionales como extranjeros. A este propósito trasladamos las palabras del infante D. Juan Manuel: «este muy noble rey D. Alfonso entre muchas nobles cosas que fizo, ordenó conplidamente la *Crónica d' España* et pusolo todo conplido et por muy apuestas razones et en las menos palabras que se podia poner....auia muy grant entendimiento et auia muy grant talante de acrescentar el saber, et cobdiciaua mucho la onrra de sus regnos....»

Innumerables títulos ostenta la Ciudad Imperial para recabar la primacía de España en el caudal artístico y arqueológico. Pero la más rica presea que guarda en su tesoro histórico es haber sido la cuna del monarca que, por antonomasia, apellidamos el *Rey Sabio* y donde escribió sus más importantes obras; del cual dice Juan Gil de Zamora, preceptor de su hijo D. Sancho, en un manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional (1), que en su adolescencia «era de ingenio sutil, persistente en el estudio y de una memoria brillante.»



Estatua de Alfonso X El Sabio.

Fotografía de Irumberri.

Hemos trazado estas cuartillas como modestísima ofrenda al egregio príncipe en la efeméride de su nacimiento; y, a guisa de corolario, séanos permitido terminar diciendo, que Toledo no ha sabido evitar el bochorno que pesa sobre los pueblos que no se cuidan de honrar dignamente a los que tanto enaltecieron su historia. ¡Triste es confesarlo—por ser una amarga realidad—: reciente está su conducta, con motivo del VII centenario del natalicio del hijo de San Fernando!

Flodoro de San Román

(1) Cita de D. Juan F. Riaño, discurso de recepción en la Real Academia de la Historia.



D. Torcuato Luca de Tena.



D. Mariano de Cavia.

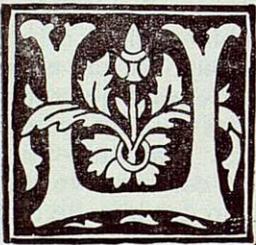
== Triunfo ==
de un
== toledano ==



Emiliano Ramirez Angel.

EL PREMIO
«MARIANO
DE
CAVIA»

ES ADJUDICADO A
EMILIANO
RAMÍREZ
ANGEL



N gran reformador de la Prensa española, el ilustre maestro del periodismo D. Torcuato Luca de Tena, fundador de la revista literaria *Blanco y Negro* y del diario ilustrado *A B C*, para perpetuar la memoria del

genial periodista Mariano de Cavia, creó un premio anual de cinco mil pesetas que se adjudica al mejor trabajo inserto en las publicaciones españolas y elegido por un Jurado de representantes de los centros culturales de Madrid.

La independencia con que dicho Jurado, desconocido hasta la emisión del fallo, cumple su misión, es la más completa garantía

de la imparcialidad de sus resoluciones y la merecida importancia adquirida en el movimiento literario de la cultura patria.

El premio del primer año de su fundación, correspondió a 1920 y fué adjudicado al notable periodista D. Dionisio Pérez, el de 1921 al distinguido literato D. Ramón Pérez de Ayala, el de 1922 al más ameno de los ironistas contemporáneos D. Wenceslao Fernández Flórez y el del pasado año de 1923 a nuestro paisano el cronista y poeta D. Emiliano Ramirez Angel.

Es un orgullo para la patria chica, el éxito logrado por este culto escritor bautizado en la parroquia de San Nicolás, de Toledo, que hizo sus primeros ensayos en mi humilde semanario *La Campana Gorda*, cuya paternidad tuve que ocultar por azares de mis luchas periodísticas, sólo conocidas por

sus primeros impresores los hermanos Esteban y Rafael Gómez-Menor.

El trabajo perseverante del joven impresionista fué acrecentándose tan rápidamente, que en los primeros años de ausencia de nuestro pueblo, su firma adquirió tal importancia, que fué solicitada por la mayoría de las publicaciones literarias de la Corte, y desde entonces logró ponerse a la cabeza de la juventud literaria española, con sus vibrantes crónicas, sus delicadas poesías, sus amenísimos cuentos, y sus admirables artículos de costumbres madrileñas.

Tiene Emiliano cuarenta años, y lleva más de veinte viviendo de su pluma, con el propio impulso, sin ajenos apoyos y sin más tertulias que la del inolvidable novelista, cumbre de las letras contemporáneas, el asombroso D. Benito Pérez Galdós, que le dispensaba especial cariño, estimulando sus excepcionales dotes, y distinguiéndole con sus consejos y sus confianzas tan guardadas en el corazón de nuestro paisano, que al brote anual de su agradecimiento, producen una oración y un ramo de flores depositados en el pedestal de la estatua del autor de los «Episodios Nacionales.»

Agradecimiento que no suele agotarse en memoria del maestro, sino que también le queda para su pueblo natal, para el Toledo de sus entusiasmos, de sus amores, de sus propagandas, al que ofrece las horas libres del descanso dominguero con sus silenciosas visitas, dedicadas a la contemplación del



Parroquia de San Nicolás. Fot.ª Rodríguez.

arte y de los recuerdos, o con sus bulliciosas y típicas caravanas de literatos y de amigos que se rindieron a los entusiasmos de las tenaces propagandas del cantor de las bellezas de su pueblo natal, indiscutible capitalidad artística de España.

Y un día rindiendo culto al inmortal Cervantes con la charla amena sobre la obra del autor del «Quijote», colofonada por el manchego ágape en el escenario de la «Ilustre fregona»; otro musitando una plegaria al sentimental Bécquer en el altar del episodio de las «Tres fechas»; otro revelando a la exuberante lira del romántico

Zorrilla ante la decoración de la leyenda «A buen juez mejor testigo», siempre está Emiliano siendo el cantor más constante de las glorias literarias toledanas, de sus recuerdos de episodios románticos y caballerescos, de sus típicos matices, de sus artísticos joyeles.

Los periodistas se envanecen de tenerle por socio de honor, y los toledanos aplauden al Ayuntamiento que en su nombre le ha proclamado hijo predilecto de este pueblo agradecido y noble, que no solo es avaro de conservar sus maravillas artísticas, sino de lucir y estimular las inteligencias de sus preclaros hijos.

Romulo Muro

Mi musa—que es una buena
muchacha de poco seso
y que sólo habla en romance
del más sencillo y más neto—

no puede alternar, la pobre,
con las que aquí estáis oyendo,
y se avergüenza, y se turba,
no sin motivo, por cierto.

Conoce Toledo, y le ama,
porque—guardadme el secreto—
me la traigo algún domingo
de trapillo, y con lo puesto.

Al principio—oh, desventura—
noblemente lo confieso:
el Manzanares, hidrópico,
vencía al Tajo opulento,

y a la indocta la gustaba
más el mazapán que el «Greco»,
y en vez de amar capiteles
buscaba albaricoqueros;

pero después, seducida,
trocó el donaire en respeto,

rectificó sus errores
—al fin ¡qué caramba! ingenuos—,

y mi fervor lo hizo suyo
con generoso ardimiento.
Juntos, hoy, nos internamos
en esta imperial Toledo

tan mora en los días claros,
tan cristiana en todo tiempo.
Mi musa, rendida al yugo
dulce, en el aire disuelto,

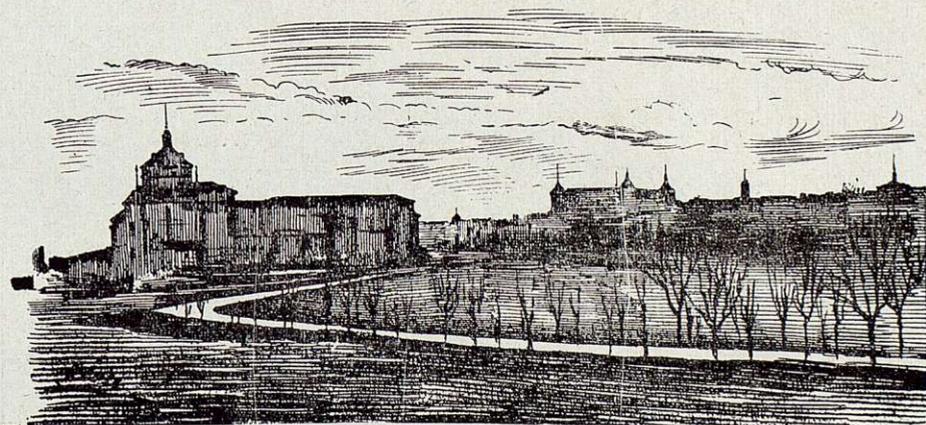
camina por estas calles
que ya disputa por templos;
y sencilla, humilde, alegre,
hija graciosa del pueblo,

ve en cada esquina una gloria,
en cada piedra un recuerdo,
en cada ruina un penacho,
en cada reja un secreto;

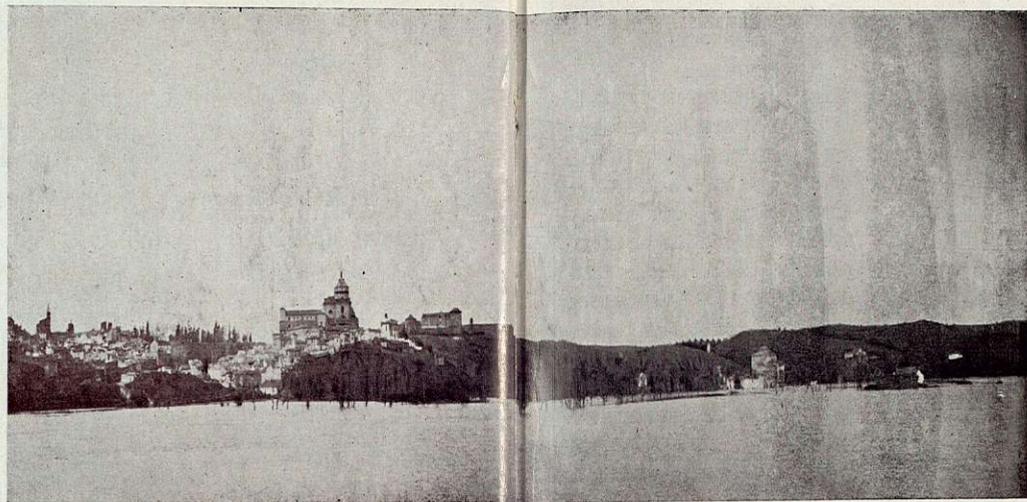
y en sus ojos españoles
que yo español, reverencio,
como en relicarios vivos
¡tiembla, hecha luz, mi Toledo!

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJOS DE OCESE



PAISAJES TOLEDANOS



VISTA GENERAL DESDE LA ESTACIÓN

«**N**uestra ciudad, maravillosa, sublime en todas sus manifestaciones.

En los pasados días, nos ha ofrecido una gran emoción; una fuerte emoción por su grandiosidad espiritual y por su no menos sensación dolorosa, que belleza y dolor han ido unidas en este desbordamiento del bravo Tajo.

«Marzo ventoso» según dice el refrán castellano, ha cumplido éste su pronóstico y los fuertes y constantes vientos, arrastraron las nieves de las montañas

y precipitaronlas en el río, aumentando su cauce. Aumentándole tanto, tantísimo, que las aguas saltaron sus márgenes, y fueron poco a poco inundando sus vegas, cubriendo todos sus alrededores.

En los de Toledo, por el río llano especialmente, avanzó hasta las mismas murallas de la Puerta Nueva, como queriendo penetrar en nuestra ciudad.

Inundadas las huertas y vegas de Safont y del Rey, llegando el agua hasta la Estación, cuya carretera bordeaba, era aquello un espectáculo imponente; algo

extraordinario, que asombraba, que anonadaba por el dolor de los que bajo las agua tenían el pan de mañana.

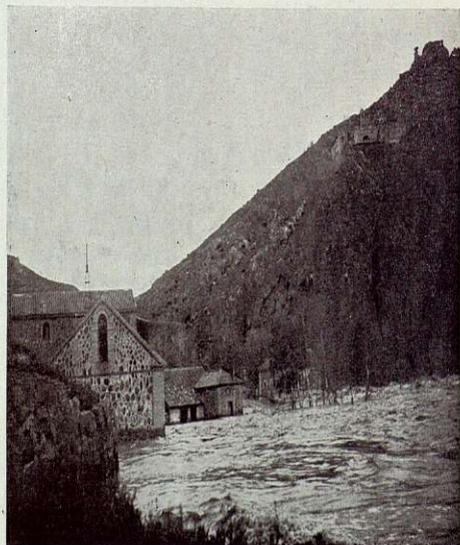
En todo el cauce, las aguas alcanzaron gran altura, pero en ningún lugar como en Toledo, produjeron tan exquisitas emociones.

Inundadas las casas y los molinos y los batanes de sus orillas, casi igualados sus saltos, era el rumor del Tajo, más recio, más sonoro; tenía toda la fuerza de lo invencible, del coloso: todo el gran poder de la

madre naturaleza que sabe regalarnos con sus caricias, que sabe engrandecernos con sus dones, con toda su fuerza del bien..... pero que a veces, nos maltrata, nos castiga con sus impetuosidades.

Dario Castillo.

Fotografías de Goltia.



El Tajo por los molinos de San Sebastián.



El Tajo por el puente y la presa de San Martín.

Sobre el retrato de Cervantes

Para mi querido amigo

Santiago Camarasa.



RECIBO el número 200 de su revista TOLEDO, que ya es un triunfo haber llegado a él, y doy por ello a Ud. la enhorabuena, pues aunque le proporcione los consiguientes disgustos, no podemos menos los amantes de la cultura

de esa gran ciudad, de celebrar su admirable entereza en pro de una causa, que sus conciudadanos no deben cansarse de aplaudirle.

En ella me hace la notada distinción de insertar íntegro el informe que la Academia de San Fernando aprobó sobre el proyectado ensanche de la vía por el lado de San Juan de los Reyes, para el que hice un viaje a esa y pude convencerme de los graves inconvenientes que proporcionaba y afirmarme en los extremos que aduzco, para que no se tocara a tan precioso detalle toledano. Veo que defendía el parecer general, pues al aceptarse la línea propuesta, es lógico deducir, que lo que había que derribar era el ábside de la iglesia....

Pero no es esto lo que más me ha embargado la atención en el número de su revista, sino el artículo sobre los «Retratos de Cervantes», acerca del que voy a permitirle exponerle algunos reparos.

Su autor, ha escrito sin duda su artículo desde ahí, y esto le ha impedido conocer ciertos detalles por lo cual ha incurrido en confusiones de bulto, que sin duda él mismo ha de agradecer sean disipadas.

Cree, según expone, que el retrato de Jáuregui que hoy ostenta la Academia Española en tan preeminente lugar, es el que el Conde del Aguila regaló a la Academia, calificado por copia de Corducho o Caxes, y nada más lejos de la realidad que tal cosa.

El retrato del Conde del Aguila estuvo custodiado muchos años y aún lo sigue, en la docta Corporación, pero siempre como dudoso, y con razón para ello, pues la tal imagen es sencillamente la de un personaje muy conocido en la Historia de España, reto-

cada y desfigurada para hacer de él un Cervantes, como se nota hoy muy bien, quizá mejor que cuando lo examinaban don Antonio González y D. Andrés de la Calleja.

Del retrato del «barquero» del cuadro de Pacheco, no hay que hablar, pues nunca Cervantes tuvo que ver nada con los Mercenarios, que figuran rescatando cautivos en el cuadro en que aparece. Es versión por completo abandonada, y respecto a los demás que cita, nadie los ha aceptado.

Pero el retrato firmado por Jáuregui y con el epígrafe superior de D.ⁿ MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, donado a la Academia por el señor D. José

Albiol en 1911, y que hoy luce en el dosel del salón de actos públicos, acreditado y aceptado por el mundo entero como el auténtico de Jáuregui, es cosa muy distinta y de historia mucho más clara y precisa.

Mando a Ud. prueba buena fotográfica—que reproducimos—y algo de lo que me ví obligado a publicar en su defensa, para que



Retrato de Cervantes, por Jáuregui.

forme idea exacta de lo ocurrido, pero además he de manifestarle aún lo que deseo quede también consignado.

Hace ya bastantes años, que en mis búsquedas por los archivos hube de encontrar el catálogo o inventario de cuadros de una colección del siglo XVIII, en el que hallé, con alguna sorpresa e incredulidad, un «Retrato de D. Miguel de Cervantes, su autor Jáuregui»: confieso ingenuamente que lo del don a Cervantes me produjo bastante extrañeza, pensando sería una mistificación, pero tomé el dato y continué mi apunte sobre aquella galería.

Años más tarde, cuando por primera vez el Sr. Albiol me mostró la fotografía del retrato en las circunstancias que expongo en una de mis *cartas*, mi primer pensamiento fué el que ya había parecido el retrato a que se hacía referencia y que por ello estaba todo explicado.

Sobrevinieron después las indispensables discusiones sobre la obra en cuestión, y lleno de confianza acudí a mi apunte, pero no pude encontrarlo, ni aún ha aparecido.

Por ello, en aquellas duras discusiones, no podía yo aplicar mi argumento Aquiles, no logrando además recordar a dónde había encontrado dato tan precioso; (dudando si en el Archivo de Protocolos de Madrid, de imposible acceso hoy, o en el del Museo de *Offici* de Florencia, a donde hay mucho muy interesante sobre la historia de las Artes Españolas): pero sea donde fuere, la fatalidad, que parece perseguir a todo lo que a Cervantes se refiere, ha hecho que mi apunte no

pareciera, y que no pudiese por ende utilizarlo, siendo tan decisivo; esto ha sido para mí un martirio y lo seguirá siendo mientras viva, o lo encuentre, aunque quizá esté esto para otro reservado.

Si se toma la molestia de leer mi *carta*, y sobre todo la corroboración de la misma hecha por D. Francisco Rodríguez Marín, tan magistralmente como todo lo suyo, en su folleto «El retrato de Miguel de Cervante; estudio sobre la autenticidad de la tabla de Jáuregui que posee la Real Academia Española». Madrid, 1917. Observará que todos los datos coinciden y son favorables para no poder admitirlo como una mistificación moderna, pues nadie ha dudado de la antigüedad de la pintura; pero como alguien apunta

que pudiera ser retrato de Felipe II desfigurado, (¡cuántas cosas se dijeron!), hube de acudir al propio libro de Pacheco, para ver si cupiera en ello un resquicio de razón. Examiné el que trae el Monarca español y nada más lejos que hallar tales semejanzas entre el dibujo del Rey y la tabla de Cervantes; pero hojeando más el libro detenidamente, vine a observar bastantes analogías entre el estilo de los dibujos y el del retrato: el sentimiento general de las líneas, la manera de hacer las cejas y el pelo, el modo de dibujar las distintas partes de los rostros, un tanto incongruentes, y, en general, su carácter artístico, concuerdan bastante. ¿Sería entonces el retrato de Pacheco? No; pero bien pudo poner en él sus manos, explicándose así que hubiera llegado hasta nosotros la memoria de que lo

Por el Toledo único

Labor de la Comisión de Monumentos



ESTA docta Corporación, continúa su admirable labor toledana.

En su última sesión presidida por el Sr. Castaños, y asistiendo todos sus miembros, tomáronse los siguientes acuerdos:

Insistir cerca del Ayuntamiento de la capital, para que desaparezcan los cajones que afean el maravilloso ábside de la Iglesia de Santiago del Arrabal, y el desagadero de inmundicias de la venta de Aires, que vierte en el arco del circo romano y cimientos inmediatos, haciendo por allí imposible la visita a estas interesantes ruinas.

Insistir también sobre la misma Corporación municipal toledana, para que no se edifique al pie de las murallas, a 15 metros del citado arco romano y a 300 del Castillo de San Servando.

Interesar al Gobierno la continuación de las obras del Cristo de la Luz y puertas del Sol y de Alcántara.

Hacer algunas reparaciones en el Baño de la Caba.

Afirmar las hojas de las puertas del Cambrón, para que no se caigan.

Intervenir en las obras del paseo desde el Tránsito a la puerta de Alcántara.

Y celebrar un homenaje literario, durante este año, en honor de la memoria del Padre Mariana.

Felicitemos de nuevo a esta entidad, que tan brillantemente actúa en favor de nuestra amada Toledo.

había hecho, aunque no lo incluyera en su libro de «Retratos».

En el año de 1600, en que firma el retrato Jáuregui, éste, aunque ya pintaba, era muy joven; tenía entonces diecisiete años: Jáuregui era discípulo de Pacheco; a su casa acudía como maestro de tan aprovechado joven, y nada más verosímil, que viendo al discípulo abarrancado con la empresa de retratar a su amigo D. Miguel, fuera realmente Pacheco quien terminara el retrato.

Publicadas mis cartas, y sobre todo los estudios del Sr. Rodríguez Marín y demás adeptos, pues nunca faltaron entusiastas del hallazgo, el retrato fué sometido a las más duras pruebas, y de todo salió victorioso. En tarde memorable, reunidos los que más se interesaban por el asunto, se trató por todos medios de ver si cedía a las más duras pruebas, y el resultado no pudo ser más satisfactorio a favor del retrato. El Sr. Beruete, entre los más desconfiados, hubo de decir en su dictámen «he frotado (con alcohol) insistentemente el letrero que se halla en la parte superior de la tabla y que dice «D. Miguel de Cervantes Saavedra», y determinando aún más en las sílabas *de* y *Cer*, y he obtenido el convencimiento de que aquella inscripción «no es moderna». El Sr. Garnelo afirmó más rotundamente su parecer de autenticidad del retrato, como pintura antigua en todas sus partes, sometida por él también a sus debidas pruebas. Su crédito ha sido grande y su aceptación hoy tan mundial, que parece plenamente admitido; pero aún en su día he de decir algo, porque no queden cabos perdidos, que no deben desdeñarse.

En los días de la discusión, hube de reci-

bir carta del Director del Instituto de Huelva, en que me decía que si quería conocer la Santa Teresa de Jáuregui, la tenía un amigo suyo, que me nombraba. Acudí a este señor, un dignísimo miembro de la Magistratura española, quien me recibió atentísimamente, pero diciéndome (siempre la fatalidad, que durante dos años, había tenido el retrato en su casa, en la que vivía como huésped, por razones familiares, su dueño, el Sr. Domínguez; pero que al volver una vez de su temporada veraniega, se había encontrado con que el Sr. Domínguez, con todo lo suyo, había desaparecido, sin saber a dónde paraba nada de ello, añadiendo, además, que mucho se había acordado de él por haber seguido nuestra discusión, y que a su parecer, las firmas de Jáuregui eran muy parecidas en ambas obras.

He tenido después un especial cuidado en perseguir el famoso retrato de la Santa, pero ni por sus centenarios, ni por ningún otro motivo, me ha sido posible dar con el paradero de tan importante cuadro.

Ya ve pues, mi querido amigo, cuánta historia tienen a veces las cosas, y lo difícil que es estar al cabo de ellas, por lo que, si estima dignos de la publicidad estos borrones, yo se lo agradeceré mucho, congratulándome de cumplir así también una deuda hace tiempo contraída, y prometiéndole tenerle al tanto de lo que pueda ocurrir sobre asunto tan interesante.



Un nuevo artista en Toledo

Las obras de Miguel Marañón



ACE algunos meses llegó a nuestra capital Miguel Marañón.

Era artista, pintor, y venía a trabajar a Toledo; ninguna otra ciudad le interesaba para su obra, ninguna otra mejor donde poder realizar su ideal.

Con toda fervorosidad se ha dedicado a estudiar Toledo, y en su apartado retiro, en los pintorescos cerros de San Servando, junto al grandioso Castillo, ha labrado activa y eficazmente.

Su obra de antes, bastante suya, la ha afirmado una mayor personalidad, creada en este ambiente toledano, estudiando sus raras tonalidades y su gran belleza pictórica; sintiendo el exquisito ambiente de esta maravillosa ciudad toda arte.

Recientemente ha expuesto alguna de sus obras en el salón alto del Ayuntamiento, obteniendo un muy franco y merecido éxito.

De ello nos congratulamos, felicitándole sinceramente y alentándole a continuar su labor entre nosotros, que ha de producirle los más grandes triunfos.

Viaje regio



En una espléndida mañana del mes de Mayo de 1615, un movimiento inusitado se advertía en la población de Toledo. Las gentes, con traje de fiesta, corrían presurosas hacia el Puente de Alcántara, formando un abigarrado cordón, siguiendo el curso exterior de la muralla, por la ronda, hasta la nueva Puerta de Visagra. Los nobles, vis-

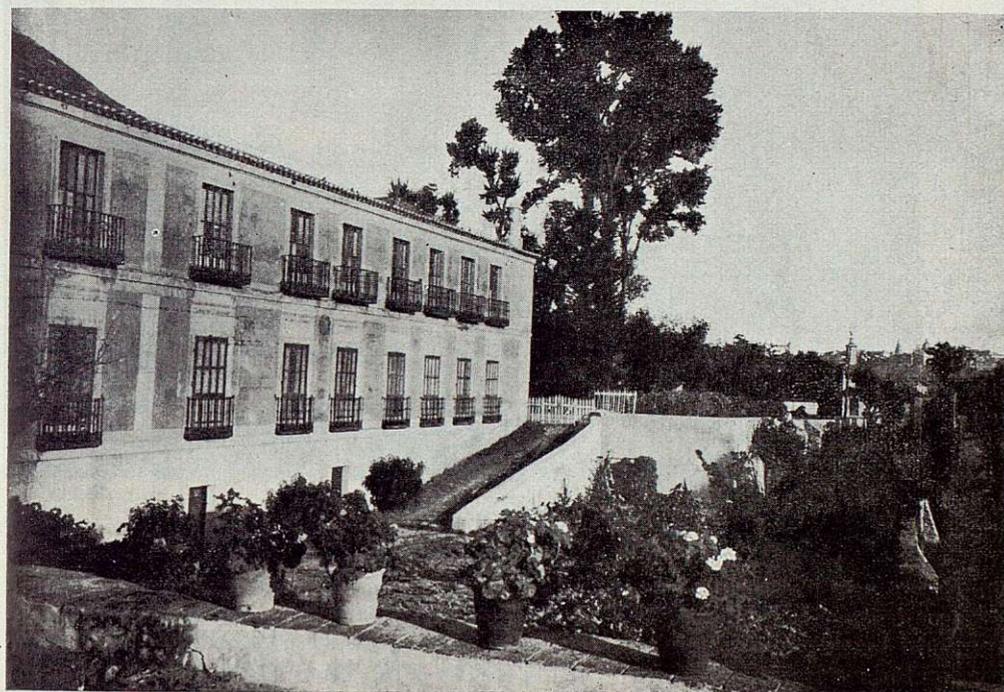
tiendo también sus mejores galas, se hallaban confundidos con personas de todas clases, condición y sexo, procurando colocarse en las primeras filas. En la explanada del puente formaban grupo los alguacilillos, tamborileros, y trompeteros que precedían a las Justicias de la Imperial Ciudad, a quienes daban guardia de honor maceros cubiertos con amplias dalmáticas de terciopelo carmesí, recamadas de oro y ostentando el escudo de la ciudad. Sobresalía de este grupo el pendón morado de Castilla empuñado por el Alférez Mayor.

¿Qué grato e inusitado acontecimiento excitaba así el entusiasmo de los toledanos? Era que el día 6 de Mayo, el Cardenal Sandoval y Rojas, había recibido carta confidencial de su ilustre sobrino D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma y Ministro favorito de Felipe III, anunciando a aquél para el próximo sábado, la visita de la Corte al Cardenal en la hermosa finca de Buenavista.

Tal era el acontecimiento que agitaba en esta mañana a Toledo.

Cerca ya de mediodía, un correo de gabinete precediendo a sus majestades anuncia la proximidad de la regia comitiva, y la ciudad se apresura a organizar el recibimiento.

Apoco cruzan el puente amplios coches de sopandas, arrastrados por mulas que ostentan en sus ricos arreos y collarones las insignias de la Real Casa y de sus Oficiales y servidumbre. Ocupan el primer coche



Fachada del Palacio de Buenavista.

gentiles hombres de S. M., siguiéndole el de éstos, yendo a continuación el de los Príncipes, y cerrando la marcha los de los Mayordomos y damas de servicio, con la escolta a caballo que custodia a las personas reales.

Adelantóse el Alcalde Mayor, dando en nombre de Toledo, la bienvenida a los Monarcas Felipe III y Margarita de Austria; hizo reverencia al coche de los Príncipes, y recibió del Rey orden de tenerles aposentos y cena dispuestos en el Alcázar a donde a la noche regresarían. Continuó la comitiva su camino hacia Buenavista, a cuyos límites

salió a recibirlos el Arzobispo Sandoval y Rojas acompañado de sus familiares.

* * *

Las galas y riqueza del palacio de Buenavista, competían con las galas y riqueza que derramaba la primavera en el hermoso jardín que le servía de marco. Complacidos pasearon los Reyes y el Cardenal por aquellos deliciosos jardines respirando el aroma que exhalaban las olorosas flores, mientras los Príncipes, depuesta la etiqueta de la Corte, se recreaban corriendo por los senderos del parque, o paseando en lujosa góndola por la corriente del río.

Una campana anuncia que está servida la mesa.

Con su peculiar esplendidez, y según la indicación de su deudo, había provisto regiamente el Cardenal a tan honrosa visita. En grande y espacioso salón adornado con tapices y plantas, se habían dispuesto dos mesas: en la más amplia, y en dorados sillones, tomaron asiento los Reyes y su ilustre anfitrión, y otra más baja fué ocupada por los Príncipes Ana, que habría de ser después Reina de Francia, Felipe que ce-

ñiría la corona de España y Fernando, que sucesor de Sandoval y Rojas, también vestiría la púrpura, aunando la mitra de Toledo con el virreinato de los Países Bajos, y dando un día de gloria a España con la victoria de Nordlingen, sentándose a su lado el Secretario de S. I. y los ayos de los Príncipes. Doce exquisitos y variados platos se sirvieron, en vajillas de plata en ambas mesas, con abundancia de conservas y entremeses, y exquisitos vinos.

No estaban entretanto olvidados los Oficiales de la Corte. En las frondosas y tupidas alamedas se habían dispuesto mesas para ellos, donde abundantemente fueron servidos.

* * *

A mediados del año 1611, el Cardenal Sandoval y Rojas, había edificado un convento donde estableció una comunidad de Ca-

puchinos en jardines y terrenos de la propiedad de aquél, junto a la Peraleda; siguiendo en ello la antigua costumbre de hacer tales fundaciones fuera de muros, atendiendo así a la evangelización de los campos y a la comodidad de los fieles que en ellos residían.

Interés tenía el Cardenal y los Reyes en hacer una visita a esta comunidad, cuyo instituto, abrazando austerísima vida, era aún desconocido en Toledo. Este fué el empleo, que después de la comida, dió al tiempo la augusta comitiva.

Con Cruz alzada la recibieron los frailes a la puerta de la ermita del Angel, que se les había dado por iglesia. No fué pequeña la



Primitivo jardín de Buenavista.

admiración de la Corte ante aquellos humildes religiosos cuyo basto sayal formaba contraste con las galas cortesanías. Al dar paso a los Reyes a la clausura, pudieron observar éstos la estrechez de aquellas celdas, la desnudez de aquellos lechos y la absoluta pobreza del menaje que respondía tanto a la vida penitente como a lo reciente de su instalación.

Dieron con esto por terminada su excursión los Monarcas, y como el día declinaba, marcharon a pernoctar en el Alcázar, sobre cuya más alta torre se enarboló el pendón de Castilla. Y a la mañana siguiente, como domingo que era, las reales personas oyeron misa en la Catedral.

J. M. Canjuez

DEL TOLEDO
ROMÁNTICO

LOS
RUIDOS
DEL
PATIO

ESTE patio de San Juan de la Penitencia, como todos los de los conventos toledanos, tienen una paz exquisita, encantadora.

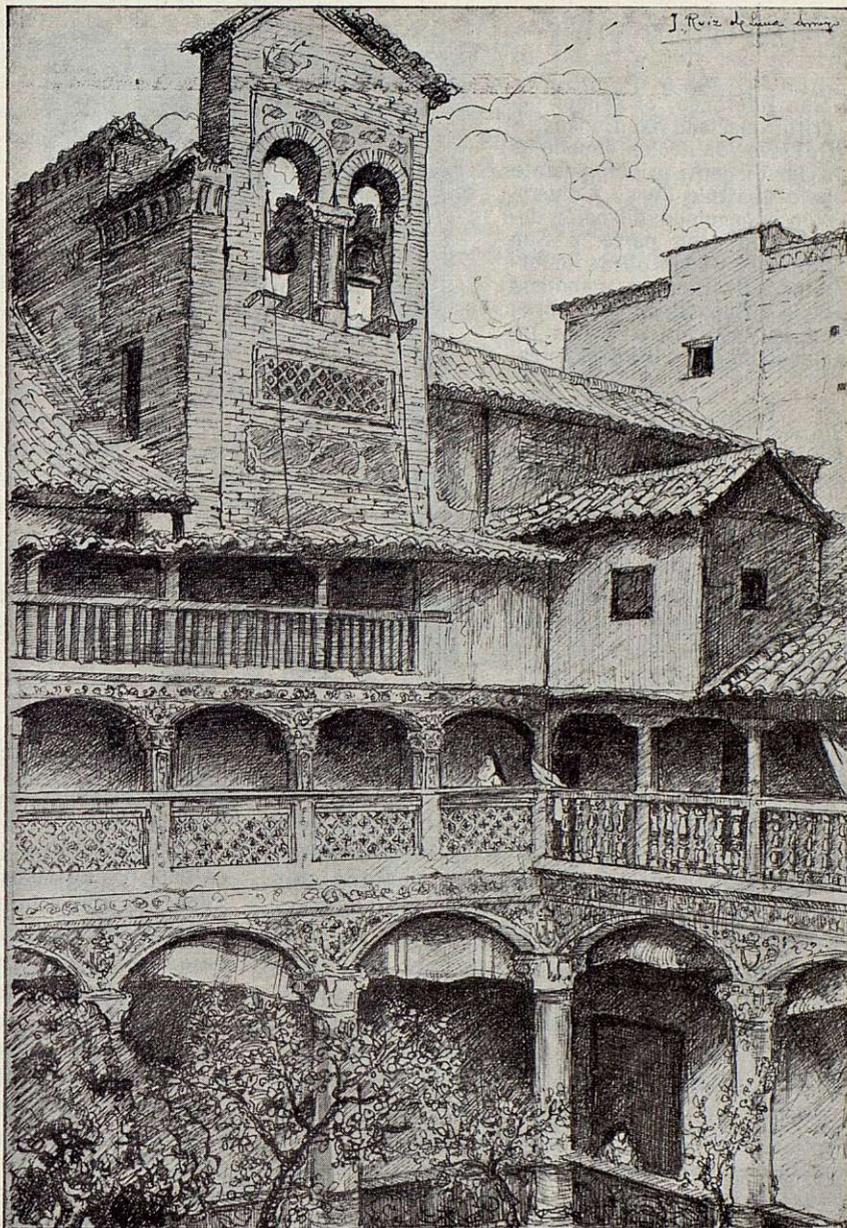
Desliza su vida en silencio constante, en ofrenda mística como las monjas que le viven; ocultando sus tantas y tan extraordinarias bellezas al mundo, que gustaría de ellas complacido como de todo lo sublime.

Nada turba su calma: de fuera llegan muy débiles los ruidos y las voces de los que por la calle transitan.

El convento está muy escondido, casi olvidado, en un rincón apacible y sereno de esta vieja ciudad.

En uno de sus barrios más típicos, rodeado de callejas estrechas, laberínticas y empinadas, donde la vida moderna no puede circular.

Hasta sus mismas campanas, en la alta y bellísima espadaña, extienden sus sonidos por todos los alrededores, y llegan abajo apagados—gratos por su dulce sonoridad—que se confunden a veces con las risas cristalinas



de las monjitas que, en las horas de recreo, dan rienda suelta a su excelsa felicidad y gozan la sublimidad del patio.

Sólo irrumpe el silencio de esta santa morada, el golpear constante del artista vecino repujando sus hierros—santa mansión del trabajo—que repercute sonoro en estos claustros y los da una mayor sensación de misticismo, idealizando más y más la obra del artifice, que cual las santas religiosas, vive consagrado al más sagrado ideal.

Santiago

CAPÍTULO VII

I. San Ildefonso, el primer escritor mariano en España.—
 II. Devoción de los españoles a la Virgen, principalmente bajo el título de su Concepción Inmaculada; devoción debida, en gran parte, a San Ildefonso y a sus obras inmortales.—
 III. Examen y análisis de la influencia de esas obras en la devoción a María Inmaculada entre los españoles.



I. Es innegable que San Ildefonso es el primero de los escritores marianos de España, y que a él compete la primacía, en los Anales eclesiásticos de nuestra patria, en lo que se refiere a honrar y venerar a la Madre de Dios, a enaltecer su dignidad y grandeza, a declarar y defender sus inestimables prerrogativas. Es San Ildefonso el Doctor por excelencia mariano en tierra española.

«España—ha dicho con soberano acierto un ilustrado orador, gloria del púlpito católico—patrimonio predilecto de María, visitada por ella cuando aún existía en carne mortal o favorecida después con mil prodigiosas apariciones y venturosos hallazgos de sus más preciadas imágenes ocultas durante la dominación sarracena; auxiliada e inspirada por María en todas sus grandiosas empresas y celebradas victorias; constituida, en fin, como nación, la más rica y poderosa del orbe por su amor, devoción y culto, debía tener, sin duda, un Santo Padre especial en la defensa de sus más valiosas prerrogativas, impugnadas, como siempre, por el dragón del abismo, enemigo eterno de la mujer antigua, bajo diversas formas, errores y delirios; y debía tener ese Santo Padre, *mariano* por excelencia, antes que resonara en la Europa conturbada por la vanguardia de la desdichada *Reforma*, la voz potente, y a la vez dulcísima, del noble hijo de la Borgoña, del insigne abad de Claraval, del meliflúo y nunca bien ponderado San Bernardo (1).»

II. Viva, intensa y arraigadísima ha sido la devoción que en todo tiempo ha profesado a la Santísima Virgen la nación española, escogida por ella misma su patrimonio y heredad, al venir en carne mortal a nuestro suelo, en la media noche del 1 al 2 de Enero del año 40 de la Era cristiana, y aparecerse a Santiago Apóstol, junto al río Ebro en Zaragoza, sobre una columna de jaspe, mandando a su rendido siervo que edificase allí un templo en honor suyo;

pero en ese universal y expresivo testimonio de amor y devoción a la Reina del cielo, ningún otro título suyo ha sonado tantas veces en nuestro pueblo como el de su *Concepción Inmaculada*, de suerte que puede decirse sin exageración, ser ésta la forma predilecta con que España ha querido honrar a María en casi todos los siglos de su gloriosa historia.

Y esa antigua y entrañable devoción del hispano a María, devoción concentrada de un modo especial en el culto y amor a su Concepción Inmaculada; ¿no es debida, en gran parte, a la influencia que la personalidad ilustre de San Ildefonso, marcada con un sello tan mariano, y sus obras inmortales ejercieron entre los españoles? Si España es tan

mariana y *concepcionista* ¿no lo debe a María en primer término, y, después de ella, a San Ildefonso? (2).

Es indudable que fué San Ildefonso el más celoso panegirista de la Madre de Dios y se aventajó con mucho a los que lo fueron durante los seis primeros siglos de la Iglesia: esos raudales de elocuencia mariana, brotando desde la alta cumbre de la Silla Primada, ¿cómo no habían de fertilizar el vasto campo de la Iglesia, no ya toledana, sino española, y hacerle producir ricos frutos de devoción a la Señora?

Es innegable también que San Ildefonso fué singularmente favorecido de la Virgen con el don de aquella preciosa casulla, debiéndose a él que la España recibiera la altísima honra de ver su suelo consagrado y santificado por las plantas mismas de la Señora, allá en la monumental iglesia de Santa María de Toledo, ¿cómo, pues, no habían de celebrarse en toda España las finezas con que la Reina del cielo distinguía al Arzobispo Primado; finezas coronadas con la soberana merced de aquel maravilloso *Descenso*, que, gracias a San Ildefonso, iba a henchar de gloria y honor el suelo de la Patria? Y de aquí ¡qué oleadas de amor y devoción a la Señora no surgirían en ella al solo relato de tales hechos; oleadas cuya mugidora espuma hierve todavía con persistente empuje y brío a través de los siglos!

III. Pero importa concretar más el pensamiento y ver de bosquejar la influencia que las obras de San Ildefonso ejercieron en la devoción a María Inmaculada entre los españoles.

Cierto, de un modo directo y expreso, no se

habla de este privilegio en las obras de San Ildefonso, pero implícita é indirectamente se contiene en la sólida y brillante demostración de la virginidad de María, que viene a ser el asunto capital de su obra maestra: *De perpetua virginitate Sanctæ Mariæ contra tres infideles*.

La virginidad de la Madre de Dios no se deriva necesariamente de una concepción inmaculada, pero la lleva incluida y embebida en sí misma. Y es que esta virginidad augusta no es solamente la virginidad de la carne, sino también, y mucho más, la virginidad del alma. Así los Santos Padres, siguiendo a San Ambrosio y San Juan Damasceno, declaran, con voz unánime, que para ser digna de dar a luz a Cristo, María debía ser virgen en el alma, no menos que en el cuerpo. Y esta Virgen es la *siempre virgen* *Αειπαρθενος*, decía el Oriente, por el labio de Didimo, en los albores ya del siglo iv. *Semper virgo*, respondía, con maravillosa unidad de creencias y sentimientos, la Iglesia latina. Y ese vocablo *Siempre virgen*, a partir de esta época, se encuentra en las Liturgias, en las actas de los Concilios y en las obras de los Santos Padres; en todas partes—para decirlo de una vez—donde se habló de la madre de Dios. Siendo, pues, María virgen en el alma, debía poseer esa virginidad en toda su perfección, lo mismo que poseía, en ese grado máximo, la del cuerpo; y aquella perfección ¿quién no lo ve? implicaba la exención de toda mancha, de la más leve sombra de pecado (3).

Si María, por consiguiente, es con toda verdad, la Virgen por excelencia—como ya vaticinó Isaías—preciso es concluir que, por el mero hecho de serlo, debía verse libre del pecado original. ¿Acaso no dicta esa consecuencia el fallo de la sana y recta razón? ¿Concebirse puede que Dios dejara en suspenso las leyes más generales e ineludibles de la naturaleza para que su Madre conservara intacto el tesoro de su virginidad corporal, y omitiera derogar las de su Justicia para que otro tesoro, incomparablemente más precioso para la Señora y más glorioso para El mismo, le fuera jamás arrebatado? Y tanto más, cuanto que la virginidad del cuerpo tenía por principio y salvaguardia la virginidad misma del alma (4).

Sentados estos precedentes que, a mi humilde entender, son muy pertinentes al objeto propuesto, aunque a primera vista no lo parezcan: ¿quién no ve haber puesto San Ildefonso—en su obra incomparable—los cimientos solidísimos e indestructibles de la creencia en la Concepción Inmaculada de María, y que por ende ejerció esta obra maravillosa influencia en la devoción a la Virgen sin mancha entre los españoles? Repito que aquellos precedentes dan la clave única, a mi juicio, para esta afirmación. La virginidad del cuerpo en la Madre de Dios, trae consigo la virginidad del alma: aquella es

perfecta, ésta debe serlo también, debe andar exenta de todo pecado, sea original, sea personal. San Ildefonso, defendiendo y enalteciendo la virginidad del cuerpo en la Señora, y la mayor perfección en aquella, hubo de defender y enaltecer, aunque no expresa y directamente, de un modo implícito e indirecto, la virginidad del alma en María y la mayor perfección en esta misma virginidad, o sea la exención de todo pecado, cualquiera que sea, y por consiguiente, en el modo dicho, hubo de enaltecer y defender la Concepción Inmaculada de María, y por lo mismo, su obra *De perpetua Virginitate S. Mariæ*, hubo igualmente de ejercer gran influencia, quizás la mayor, en la devoción a María Inmaculada entre los españoles.

Además de que no faltan expresiones lúcidas y transparentes, en que el ojo avizor descubre señales claras e inequívocas de la creencia en este Misterio. *Virtutum Deus*—dice San Ildefonso, en el cap. II—*est Dominus possessionis hujus. Colorum rex est possessor juris istius. Omnipotens est artifex ædificii hujus. Solus agressor et custos est portæ egressionis hujus*. En el cap. X: *Hæc foemina sanctificationis vas est, æternitas virginitatis est, mater Dei est, sacrarium Sancti Spiritus est, templum singulariter unicum factoris sui est*. En la obra *De partu Virginis* (obra que no consta de un modo indubitable ser del Santo), sí, que de un modo expreso se asienta esta creencia: *María..... neque contraxit in utero sanctificata originale peccatum* (5).

De la obra *De perpetua virginitate Sanctæ Mariæ*, han sacado argumentos valiosísimos los mayores defensores de la Concepción Inmaculada de la Señora, para dejar plenamente corroborado este Misterio. ¿Acaso se valió de otros el Doctor sutilísimo, gloria de la Orden seráfica, el gran Escoto, cuando se propuso defenderle en los públicos certámenes que, con loa y prestigio inmortal de su nombre, sostuvo en las Universidades de París y Colonia?

A San Ildefonso, al Doctor mariano por excelencia de la España católica, al siervo privilegiado de María, uno de sus más regalados y devotísimos amadores que registran los siglos, se debe, gracias a la sólida y maciza enseñanza contenida en su obra imperecedera acerca *De la Virginidad perpétua de Nuestra Señora*, la Santísima Virgen María, el hondo, firme y arraigado amor de los españoles hacia ella, y lo que es más, la devoción—no superada, ni quizás igualada por la de pueblo alguno de la tierra—que profesan al Misterio augustísimo de la Concepción Inmaculada de la que vienen aclamando, hace siglos, por su Reina y Patrona.

(Continuará).

José Ignacio Valenti.

En el Museo de Infantería

Más labor del ceramista Ruiz de Luna

PRIMERO por haber estado en obras el salón donde están colocadas, lo que nos impidió reproducirlas, y por falta de espacio después, no hemos podido referirnos antes a esta importantísima mejora realizada en el grandioso Museo de Infantería, la que tiene para Toledo un doble interés—muy señaladísimo para nosotros—por ser la obra de un distinguido artista toledano y por quedar en esta ciudad avalorando más y más la interesante labor de D. Hilario González, en el soberbio Alcázar.

Ruiz de Luna ha hecho dos magníficas lápidas, todas de cerámica, de enormes dimensiones 5×3 metros, con interesantísimos relieves y de técnica maravillosa, conteniendo cada una más de 200 nombres en clásica letra toledana.

Ambas están dedicadas por la Infantería española a sus jefes y oficiales muertos



Una de las lápidas.

Fot.ª Rodríguez.

en Africa en cumplimiento de su deber.

Resultan dos bellísimos ejemplares—las dos son completamente iguales—que representan un gran acierto más del notable artista talaverano, maestro de ceramistas D. Juan Ruiz de Luna y de todos los suyos, que tan admirablemente le secundan en aquella casa mansión exquisita de arte.

Todo el numeroso y distinguido público que visita a diario el Museo, admira estas obras, las que constituyen el éxito más grande y merecido para su autor, al que nos complacemos en felicitar con toda

sinceridad, celebrando su triunfo como cosa propia.

Asimismo felicitamos una vez más a don Hilario González, Subdirector del Museo, por haber introducido en él al notable artista talaverano, aumentando las obras de arte que allí se guardan.

EDITORIAL · ARTE · TOLEDO

Gerente: Santiago Camarasa.

Múñez de Arte, 21 :: Teléfono, 537 :: Apartado de Correos, 11.

Propietaria y editora de la revista ilustrada de Arte
«TOLEDO» fundada en 1915.

Esta revista, dedicada exclusivamente a propagar y defender las bellezas exquisitas de esta ciudad de ensueño, circula profusamente por todo el mundo, entre el público más selecto, que en todas partes hay amantes y admiradores de la ciudad imperial. Toledo es un orgullo, una gloria de todos los hombres: un monumento mundial.

Forman la redacción de la revista, las más ilustres autoridades en estas materias artísticas e históricas de Toledo.

Colaboran en ella, los más distinguidos literatos, arqueólogos y artistas.

No obstante el excesivo coste de esta publicación, nuestras tarifas de publicidad, cuya eficacia garantizamos, y de suscripción, son las más limitadas.

Solicítelas si le interesan.

Es TOLEDO la revista de Arte más barata de todas, porque no es una Empresa de lucro, sino de romanticismo, una obra espiritual de amor al Toledo-único.

La **Editorial Arte**, formada sobre la base de esta revista, edita toda clase de libros, folletos, albums, postales y publicaciones en general, pero siempre de carácter artístico o histórico toledano.





.....Tan linda como Toledo,
la más ideal ciudad española.....

.....
BÉCQUER.